

Christopher F. Laferl

La homogeneización discursiva de la nación en la época de la Independencia: Bolívar – Olmedo – Bello

1. La problemática

Uno de los puntos más delicados de la teoría y crítica postcolonial – pero no exclusivamente suya – es sin duda el problema de la homogeneización del sujeto que ella quiere analizar y en nombre del cual quiere levantar la voz (Castro Varela/Dhawan 2005: 123-127). ¿Cómo hablar de los marginados de los marginados, de los oprimidos de los oprimidos y de los subalternos de los subalternos? ¿Cómo analizar adecuadamente las diferencias sociales presentes o históricas que fijan los modos de representación dentro del grupo de los colonizados sin evaporar todo compromiso social con éstos? Éstas son preguntas a las que la teoría postcolonial tiene que hacer frente si no quiere perderse en una vana discusión académica, por no llamarla escolástica.

Si a nosotros nos resulta difícil encontrar un modo analítico que evite la homogeneización del campo analizado y que no se distancie de la reflexión sobre las consecuencias políticas de la actividad intelectual propia (especialmente desde una perspectiva europea), para los líderes políticos y los intelectuales americanos de la época de la Independencia (no importa si les ponemos el prefijo “anglo-” o “latino-”) el reto principal en el proceso de representar una nación uniforme fue exactamente de índole opuesta. Sus tareas principales consistían, por un lado, en homogeneizar la representación de la entidad política en nombre de la cual llamaban a las armas y, por otro, en poner de relieve las diferencias entre la propia entidad política y el enemigo contra el cual luchaban: España.

Aunque el concepto de la nación no haya sido el punto de partida para las diferencias entre los insurgentes en las colonias, es decir los criollos blancos, y el poder central en España, pronto se convirtió en uno de los elementos principales que mejor servían para justificar la

separación de España y la lucha armada contra ella.¹ La idea de la nación era capaz de abarcar y comprender los diferentes antagonismos entre España y las colonias americanas, que en las mentes de los criollos se expresaban a través de varias oposiciones diferentes: amor a la libertad contra tiranía; autogestión contra dominación “extranjera”; república contra monarquía; luz contra oscuridad; vida sana y simple en el campo contra degeneración y falsedad de la ciudad; y juventud lozana contra vejez decrepita.²

A través de la lucha por la independencia la idea de la nación adquiriría cada vez más fuerza e importancia, como se puede ver en muchos textos de la época de la Independencia. Si en el proceso de la construcción de las nuevas naciones hispanoamericanas las diferencias para con España tenían que ser subrayadas para justificar la lucha armada, la unidad nacional por el contrario no podía ser puesta en duda. Pero la nación —por más homogénea que sea representada— es una comunidad imaginada (Benedict Anderson) y se compone de individuos que en general tienen algo o mucho en común pero que también se diferencian por su sexo, su clase social, su edad, su orientación sexual, su religión y, en la mayoría de los casos de las naciones existentes, tanto históricas como presentes, también por su identidad étnica. Según mis conocimientos de la historia mundial nunca ha existido un cuerpo nacional que haya permitido que todos estos grupos tengan su representación simbólica en el discurso oficial, sino más bien todo lo contrario; de manera que en realidad la nación casi siempre se representa como un cuerpo homogéneo excluyendo buena parte de los que en realidad también pertenecen a ella, usando definiciones aparen-

1 Compárense en este contexto las explicaciones de Christopher Conway que se basa en la teoría de E. J. Hobsbawm: “Whereas postindependence nationalism attempted to theorize and demarcate a nation and a people, Republicans during the Wars of Independence struggled to define how the liberated territories should be apportioned as republics, and under what constitutional systems they should be ruled. In times of war, intellectual elites were more interested in protecting the revolution's gains and instituting a regime of law and order than in theorizing the social and cultural glue that made a national people one people. Consequently, the patriot construction of the cause of independence was not expressed in terms of separate nationalisms, but rather in the political sense of a common struggle against tyranny” (Conway 2003: 24).

2 Para el antagonismo entre el estado rústico de Hispanoamérica y el refinamiento cortesano y “falso” de Europa véanse las explicaciones de Lauterbach (2002: 183).

temente universales que, en realidad, sólo representan una parte del todo.

Lo que hace más complicado el proceso de la independencia hispanoamericana es el hecho de que sus propulsores, la clase media y alta criolla, eran descendientes de españoles (con el castellano como lengua materna) y en absoluto se consideraban indígenas. Analizando las naciones emergentes hispanoamericanas nos vemos enfrentados a un esquema tripartito – criollos, españoles e indígenas. Si la diferencia nacional entre criollos hispanoamericanos y españoles se convertía durante las luchas por la independencia en el eje central justificador, una de las cuestiones analíticas centrales debe ocuparse de la posición de la población indígena y de la línea demarcatoria entre los criollos y los indígenas en el discurso oficial contemporáneo, sobre todo si le damos importancia al carácter de la composición étnica desde un punto de vista cuantitativo y demográfico.³

En el presente ensayo nos proponemos examinar las relaciones entre los criollos blancos y los indígenas en tres textos fundamentales –y tal vez fundacionales– de la época de la Independencia: la *Carta de Jamaica* (1815) de Simón Bolívar (1783-1830), *La victoria de Junín: canto a Bolívar* (1825/26) de José Joaquín de Olmedo (1780-1847) y las llamadas *Silvas americanas* de Andrés Bello (1781-1865) que se componen de los fragmentos “Alocución a la poesía” (1823) y “La agricultura en la zona tórrida” (1826). Para no caer en la trampa de la homogeneización simplista del sujeto colonial y postcolonial, combinaremos esta línea divisoria étnica con la categoría identitaria central en todas las culturas occidentales (y también en muchas otras culturas): con la categoría *gender*.

2. La *Carta de Jamaica* (1815)

En 1815, entre la primera y la segunda fase de la lucha independentista, Simón Bolívar escribió la *Carta de Jamaica*, sin duda su texto más conocido. Ella es una respuesta a una carta del inglés Henry Cullen, pero al mismo tiempo está destinada a un público mucho mayor, cons-

3 Benedict Anderson nos da los siguientes números para las colonias españolas al comienzo del siglo XIX: 3.200.000 blancos, de los cuales menos del 5% había nacido en España, y 13.700.000 indígenas (Anderson ²1991: 56-57).

tituyendo así el programa político futuro del Libertador.⁴ Durante el auto-exilio en la isla de Jamaica, Bolívar encontró el tiempo para describir la situación actual desde una perspectiva histórica, para justificar su propia actitud político-militar y para pintar los rasgos generales del orden político futuro de la América hispana.

En uno de los pasajes más citados de la *Carta de Jamaica*⁵ plantea el problema de la legitimación de la clase dirigente en la lucha contra España, reflexión que desemboca en la pregunta por la definición de la identidad de los hispanoamericanos:

[...] mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios, ni europeos, sino una especie de mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar a éstos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado (Bolívar 2005: 18).

Con una clarividencia asombrosa, Bolívar describe en estas líneas la situación precaria de los criollos en las Américas. Reconoce los derechos de la población indígena, “los legítimos propietarios del país”, derechos que en realidad eran incompatibles con las aspiraciones criollas. Bolívar debió saber que éste era un punto complicado, por no decir débil, en su argumentación, y por este motivo no vuelve a hablar sobre él. Subrayar los derechos de los indígenas hubiera sido contraproducente para con sus seguidores y combatientes criollos e insistir en la heterogeneidad de la población colonial hubiera frustrado el deseo de presentar la nación, que divisaba como ideal para el futuro y en cuyo nombre pretendía hablar, como uniforme.⁶

4 Para el contexto histórico y biográfico en el cual la *Carta de Jamaica* fue escrita véase p.ej. Conway (2003: 21-23).

5 Cf. p.ej. Gunia/Meyer-Minnemann (1998: 225) o Rössner (1995: 124). El propio Bolívar retoma estas palabras casi literalmente en el *Discurso de Angostura* (Bolívar 1985: 49).

6 Repetidas veces Bolívar define a España como nación en la *Carta de Jamaica*, y también para el colectivo que ideaba para los hispanoamericanos usa el término “nación”, sabiendo que la formación de una o varias naciones en el suelo de las colonias españolas era un proyecto todavía no realizado. La idea que la nación tenía que ser formada se ve claramente en las dos siguientes frases: “[y]o deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo [...]” (24) y “[e]s una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación [...]” (Bolívar 2005: 28).

No es que Bolívar omita por completo las diferencias existentes en la población de las colonias españolas, pero prefiere subrayar su unidad. Por este motivo habla con frecuencia de la “patria”, de “un país”, de “América”, del “Nuevo Mundo”, de los “americanos”, del “grande hemisferio de Colón”, o simplemente de “nosotros” en la *Carta de Jamaica*. El sujeto colectivo que presenta es el resultado de la historia colonial que todos tienen en común, es decir, la opresión ejercida por la corona española. Por ejemplo, sobre las limitaciones políticas, administrativas, militares, eclesiásticas y económicas de los criollos dice que:

Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes; todo en contravención directa de nuestras instituciones (Bolívar 2005: 19/20).

Lo que en esta cita salta a la vista son las formas plurales “éramos” y “nuestras” – que presuponen un colectivo homogéneo. Haciendo caso omiso a las diferencias internas, lo define *ex negativo*, como resultado de la experiencia colonial que todos los moradores del Nuevo Mundo tienen en común.

Lo que une a los habitantes del Nuevo Mundo es, en consecuencia, la lucha contra España – una España presentada de una manera aún más homogénea que el Nuevo Mundo. Con una única excepción, el comentario de que España retiene “a su propio pueblo en una violenta obediencia” (Bolívar 2005: 15), Bolívar presenta a España siempre como una entidad absolutamente uniforme, y esto en general en términos bastante negativos, como, por ejemplo: “destructores españoles” (11); “desnaturalizada madrastra” (12); “vieja serpiente” (14); “los españoles con su furor acostumbrado” (22); “una nación como la española que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia” (23) y, con una frecuencia asombrosa, “los tiranos”.⁷

7 Es interesante observar que Bolívar (como también lo harán Olmedo y Bello) usa el término “tirano” para hablar de los conquistadores, exactamente tal como lo hizo Las Casas en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, subrayando así la brutalidad e ilegitimidad de los primeros españoles en las Américas. Por tanto, tampoco es de extrañar que el único español que se salve en este juicio general negativo sea el propio padre Las Casas, quien es efectivamente la tercera persona real – después de Humboldt y Colón – que menciona en la *Carta* y a quien llama “el filantrópico obispo de Chiapa [sic], el apóstol de la América”

A pesar del veredicto negativo sobre los españoles, Bolívar sabe que los criollos no serían lo que son sin la herencia española; incluso dice que “todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España”, pero “la conducta” de los españoles pervertía el “principio de adhesión” (12). Tal como lo haría ciento cuarenta años más tarde Aimé Césaire en su *Discours sur le colonialisme* (Césaire 1955: 8, 12), Bolívar desenmascara el discurso europeo como hipócrita en su *Carta de Jamaica*.

A pesar del intento de homogeneizar el sujeto colectivo en nombre del cual levanta la voz, Bolívar diferencia según regiones, que corresponden *grosso modo* a la administración colonial española con sus virreinos y audiencias. Así habla del “belicoso estado de las provincias del Río de la Plata” (Bolívar 2005: 13), del “reino de Chile” (13), de “La Nueva Granada, [...] el corazón de la América” (13), “la heroica y desdichada Venezuela” (13), e incluso del “virreinato del Perú” (13). A pesar de las diferencias geográficas, los vínculos entre estas regiones, que son el resultado de la época colonial, son suficientemente fuertes para poder hablar de la unidad del Nuevo Mundo. Si el Libertador escribe que “todo el mundo nuevo” podría formar “una sola nación”, “ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión” (28) es porque pasa por alto las diferencias regionales y todavía más las herencias de las culturas precolombinas.⁸

Con la excepción de la mención de los indígenas en el párrafo citado, relega su papel a un segundo plano. Bolívar toca el tema de las diferencias étnicas solamente cuando habla del pasado prehispánico, como cuando se refiere a la “raza primitiva” exterminada por los españoles (Bolívar 2005: 14), cuando describe las muertes de Moctezuma o de Atahualpa (16) o cuando enaltece la braveza de los araucanos,

(11). Olmedo le seguirá, describiendo a Las Casas con las palabras: “el mártir del amor americano./ de paz, de caridad apóstol santo./ divino Casas, de otra patria digno” (Olmedo ²1992: 19, vv. 430-432). Para la recepción de la figura de Las Casas en la literatura hispanoamericana véase Lustig (2007).

8 Bolívar mismo intuye la importancia de la prensa, un elemento imprescindible para el proceso del *nation-building* según Anderson (²1991: 61-64), pero también ve los grandes obstáculos que impiden que las informaciones lleguen de una manera rápida y segura de una parte del continente a otro (20-21).

que se convirtieron para él en el vivo símbolo de la resistencia contra los españoles (13, 27).⁹

Si las diferencias étnicas juegan un papel secundario –a sabiendas de lo contrario– las diferencias sociales y de sexo reciben aún menos atención. Sólo dos veces menciona las diferentes maneras de vivir y de ganarse la vida (17, 27). Desde una perspectiva que pone de relieve la categoría identitaria *gender* hay que decir que Simón Bolívar habla casi exclusivamente en términos universales o pseudo-universales, como ya hemos visto antes. A nivel concreto usa la palabra “mujer” en un único caso, cuando describe el furor de los españoles en Venezuela:

Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor, en los campos y en los pueblos internos [...] (Bolívar 2005: 13/14).

A nivel metafórico encontramos la conocida pero paradójica sexuación femenina de países en la *Carta de Jamaica*; muchas veces mera consecuencia de la gramática, adquiere en el caso de Bolívar una importancia mayor, sobre todo cuando dice que España no era una madre, sino una “desnaturalizada madrastra” (12).¹⁰ Este término, por más paradójico que sea, porque la imagen de la madrastra excluye exactamente todo sentimiento maternal “automático”, también nos da un indicio de cómo Bolívar se imaginaba el ideal de la mujer – como madre que ama a sus hijos por instintos naturales.

3. *La victoria de Junín: Canto a Bolívar (1825/26)*

Diez años después de la *Carta de Jamaica*, Simón Bolívar pidió a su amigo y partidario, el político, diplomático y poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, que escribiese un poema sobre la última fase de las guerras de independencia, las victorias de Junín y Ayacucho en los

9 Si Bolívar no ve problemático usar la primera persona plural cuando se refiere al Nuevo Mundo en conjunto, tiene más escrúpulos cuando emplea términos generales para los moradores autóctonos, porque la palabra “indígena” aparece sólo una única vez en su texto (Bolívar 2005: 17).

10 Catherine Davies, Claire Brewster e Hilary Owen analizan extensamente las alegorías y metáforas empleadas por Bolívar, sobre todo la presentación de España como madrastra (2006: 40-45).

Andes peruanos, ambas conseguidas en el año 1824 (Conway 2001: 301).¹¹ Si Simón Bolívar¹² había llamado a las soldados de las guerras de independencia “amazonas” y “Belonas”, José Joaquín de Olmedo le sigue en esta tendencia en su poema épico *La victoria de Junín: Canto a Bolívar* que consta alrededor de 900 versos. En esta obra, que es sin duda la más famosa de Olmedo, el yo articulado masculino del poema (véase p.ej. Olmedo ²1992: 9, vv. 49-53) convierte a la musa de su inspiración en amazona (vv. 54-70). Al igual que las soldados de la independencia, se trata aquí de una musa rebelde. El yo del poema la describe como una “bacante en furor” (v. 55) que participó “ardiendo en ira” (v. 62) en la famosa batalla de Junín, en la que Bolívar consiguió una de sus más destacadas victorias. Como se puede ver en los siguientes versos, la musa inspiradora se convierte en una verdadera amazona:

[...]
 cual amazona fiera,
 se mezcla entre las filas la primera
 de todos los guerreros,
 y a combatir con ellos se adelanta,
 triunfa con ellos y sus triunfos canta (Olmedo ²1992: 9, vv. 66-70).

Si prescindimos de la musa bélica del comienzo del poema, que no pertenece al mundo de los hechos históricos, sino a un plano metafórico, no encontramos mujeres reales en esta obra de Olmedo. Al final del poema aparece un coro de Vestales que rodea al segundo protagonista de la obra, Huayna Cápac. Con la aparición de las sacerdotisas, Olmedo junta dos tradiciones diferentes, el culto al sol de los Incas y el oficio prestado a Vesta, la diosa romana del hogar y del fuego, como ya lo habían insinuado el Inca Garcilaso en el cuarto libro de los *Comentarios reales* (Inca Garcilaso de la Vega 1996: 168-170) o más tarde Calderón en su pieza teatral *La aurora en Copacabana* (Calderón 1994: 112). Si las sacerdotisas incas del dramaturgo barroco ya tenían rasgos bastante europeos (que por su parte pueden ser interpre-

11 Para las circunstancias del nacimiento del poema épico, que Olmedo escribió durante su misión como ministro plenipotenciario de Bolívar en Londres, y para sus diferentes versiones véase la introducción de Emilio Carilla (Carilla ²1992: 5-6), Oviedo (2002: 350-351), Gunia/Meyer-Minnemann (1998: 219-220) y Conway (2003: 26).

12 Para la opinión no enteramente positiva de Bolívar sobre el poema de Olmedo véase Conway (2001: 300-301).

tados tanto desde una perspectiva antigua romana como cristiana), las que ideó el poeta ecuatoriano parecen aún menos indígenas, porque el yo articulado del poema asocia sus vírgenes exclusivamente con el color blanco: “y en sus pulidas manos levantando,/ *albos* y tersos como el seno de ellas,/ cien primorosos vasos de *alabastro*” (Olmedo ²1992: 32, vv. 842-844; subrayado nuestro). En estos versos domina el color blanco: tanto los senos de las Vestales como los vasos de alabastro llevan este color. Al igual que todo el imaginario del poema corresponde casi exclusivamente a la tradición poética europea, también en el caso de las cándidas Vestales el ejemplo romano está mucho más presente que las Mamaconas de la religión incaica. Concluyendo se puede decir, que si un tipo de ser humano no está presente en el discurso de la independencia es la mujer indígena real. Pero tampoco los indígenas contemporáneos masculinos de Olmedo se hallan en ninguna parte del largo poema. Huayna Cápac tiene un lugar destacado en la composición, pero es una figura histórica. Y por más que esté representado como indio con “penacho, arco, carcaj, flechas y escudo” (18, v. 370), descripción que en realidad no es nada más que una enumeración de tópicos conocidos desde las primeras representaciones de indígenas en el arte europeo renacentista y barroco (Polleross 1992: 279-288), la presencia de un monarca del pasado pre-pizarriano no puede representar en absoluto al grupo de los indígenas contemporáneos de Olmedo.

Incluso aún más que Bolívar, Olmedo quiere representar un “pueblo americano” –término que usa repetidas veces (Olmedo ²1992: 12, v. 170 y 26, v. 663)– homogéneo, haciendo caso omiso de las diferencias étnicas existentes. El único rasgo diferenciador importante dentro del colectivo americano es el elemento regional; cual Bolívar habla de peruanos o la juventud peruana, de colombianos o de Colombia, o del argentino. Pero todos estos grupos son hermanos, pertenecen a la misma familia en cuyo padre se convierte Huayna Cápac (18, v. 375 y 20, vv. 446-447).

Un factor que amenaza la unidad de la patria (y aún más su integridad masculina) es el peligro del refinamiento que trae consigo la urbanización y que fácilmente puede llevar a una feminización de la población masculina. La influencia perniciosa de la ciudad y del ocio, aunque no duradera, afecta según el yo articulado del poema sobre todo a la juventud peruana que antes de la guerra eran “garzones deli-

cados/ entre seda y aromas arrullados” (Olmedo ²1992: 13, vv. 212-213) e “hijos del placer” (v. 214) que no osaban desatar “los dulces lazos de jazmín y rosa/ con que amor y placer los enredaban” (vv. 216-217), pero que en la lucha por la libertad mostraron su carácter verdadero, es decir, masculino, convirtiéndose en “fieros” (v. 214) que supieron quebrantar la “cadena ponderosa” (v. 219) de la servidumbre. Para dar énfasis a la transformación de la juventud peruana, el yo del poema la compara con el joven Aquiles cuya madre, como se sabe, lo había disfrazado de mujer para que no tuviese que luchar en la guerra contra los troyanos. Cual el héroe griego se había librado de lo que Olmedo llama “galas femeniles” (14, v. 235) e “indignas tocas” (v. 243) para difundir “muerte, asolación, espanto” en Troya (14, v. 245), los jóvenes guerreros peruanos pelearon por la patria.

A la dicotomía entre relajamiento femenino y braveza masculina corresponden otras oposiciones que caracterizan la obra entera. Desde el comienzo, Olmedo construye su poema alrededor de los ejes cultura *versus* naturaleza, campo *versus* ciudad, tiranía *versus* libertad, oscuridad *versus* luz (Conway 2001: 312), Viejo *versus* Nuevo Mundo (Olmedo ²1992: 8, vv. 14-39) y –como acabamos de ver– debilidad femenina *versus* fuerza masculina. Como Olmedo solamente nos dice cómo tienen que comportarse los hombres en una situación excepcional –tal como la presenta la guerra– pero no nos informa sobre sus expectativas acerca de las mujeres en la misma situación, es difícil relacionar la musa rebelde, la amazona del comienzo del poema con la caracterización negativa del relajamiento femenino de los hombres. Casi parece que, según Olmedo, la paz y la cultura urbanas –por lo menos dentro de un esquema colonial– convierten a los hombres en mujeres y la guerra a las mujeres en hombres. Olmedo no nos informa acerca de sus ideas de la vida en tiempos de paz y de independencia. Sin embargo, no hay duda de que la existencia subalterna en la colonia es más indigna para los hombres, o mejor dicho para los hombres blancos, que para las mujeres, dado que éstas no pueden caer en el peligro de convertirse en mujeres porque ya lo son.¹³

13 La representación de América como novia de Bolívar, como Conway la concibe en su interpretación siguiendo la línea trazada por Doris Sommer, es sólo una de las muchas imágenes y metáforas empleadas por Olmedo en su poema: “In effect, to cite Doris Sommer’s well known formulation of ‘foundational fictions’ that reconcile ideological and regional conflict through romance (24), Bolívar takes

4. Las *Silvas americanas* (1823/26)

También Andrés Bello insiste en la dicotomía entre campo y ciudad en sus *Silvas americanas*, que el gran intelectual y político escribió –al igual que Olmedo– durante su estancia en Londres al comienzo de los años veinte del siglo XIX.¹⁴ En la “Alocución a la poesía” corresponden a la ya conocida dicotomía campo *versus* ciudad las oposiciones poesía *versus* filosofía y Nuevo Mundo *versus* Europa (Bello²1992a: 40-41, vv. 24-41). Al concepto de la vida auténtica y natural en el campo en oposición a la decadencia y corrupción de las ciudades se abre, según Bello, un nuevo camino de realización con la independencia de las naciones americanas. Tanto en la “Alocución a la poesía” como en la “Agricultura de la zona tórrida”, el erudito subraya el paralelismo entre cultura *versus* naturaleza y entre Viejo Mundo *versus* Nuevo Mundo.¹⁵

A diferencia de Olmedo y Bolívar, Bello no solamente sabe dar matices más variados a su descripción del enemigo, España, sino que también ilustra las virtudes americanas con una mayor variedad de manifestaciones. Bello reconoce que también en España hubo amantes de la libertad como Juan de Padilla, el líder de la rebelión de los comuneros en el siglo XVI. Tampoco echa la culpa de la maldad de los españoles a lo que en Olmedo y Bolívar parece ser su “carácter nacional”, sino a factores negativos particulares como la Inquisición (Bello²1992a: 50, vv. 414, 53, vv. 546, vv. 579) y la iglesia en general, a la que describe como hipócrita y colaboradora con la tiranía (54, vv. 606-621). Para Bello, las consecuencias nefastas del gobierno colonial español se deben sobre todo a la forma de religiosidad que dominaba

America as his bride, and Olmedo suggests he will make her fecund” (Conway 2001: 313). Tengo mis dudas de que este concepto sea el elemento estructurante de *La victoria de Junín*.

14 Para las circunstancias y el proyecto de la obra véase Pagni (2003: 341-343).

15 Según una interpretación de Alan Trueblood, publicada por primera vez en el año 1942 y que no se debe pasar por alto, la idealización de la naturaleza y de los campos americanos también es consecuencia de la vida precaria que Bello tenía que llevar durante un buen tiempo en Londres: “La silva *A la agricultura* es, en gran parte, producto de la nostalgia del clima natal” (Trueblood 1991: 125).

en el Nuevo Mundo durante la época colonial y a la que tacha de supersticiosa (56, v. 693).¹⁶

También es menos excluyente que sus contemporáneos Bolívar y Olmedo en sus estrategias para producir un cuerpo homogéneo en nombre del cual pretende hablar, aunque no en lo que respecta a los indígenas. Como en las obras de aquéllos, solamente los indígenas del pasado merecen ser mencionados. Pero desde el enfoque género/ sexo, Bello se muestra mucho más abierto que sus contemporáneos al mencionar la participación de las mujeres en las luchas de independencia de una manera nueva y diferente. Bello les da un papel de más relieve y sus mujeres también aparecen más activas que las que conocemos de los textos de Bolívar y Olmedo.¹⁷ Para Andrés Bello, las mujeres no sufren solamente de manera pasiva por perder a sus maridos, padres, hijos y hermanos (Bello ²1992a: 48, v. 358 y 52, vv. 514-515), sino que también saben entrar en acción. Por lo menos cuatro veces menciona a diferentes mujeres heroicas en la “Alocución”: a Eulalia Ramos de Chamberlain (48-49, vv. 363-379), a Policarpa Salavarrieta Ríos, a la esposa de Francisco Javier Ustáriz (55, vv. 622-628) y a las “soldados” de la Margarita (49, vv. 380-383).¹⁸

16 Este argumento lo encontramos también en *La victoria de Junín* de Olmedo cuyo sujeto enunciativo interno se refiere a los españoles como “estúpidos, viciosos,/ feroces y por fin *supersticiosos!*” (19, vv. 418-419, subrayado nuestro).

17 Para el uso de alegorías y metáforas sexuadas en la “Alocución” véase Davies/Brewster/Owen (2006: 64-69).

18 Para Eulalia Ramos de Chamberlain (1796-1817) que participaba ya desde el año 1810 en la lucha contra las tropas realistas véase <<http://www.venezuela.com/biografias/buroz.htm>> (30.08.2007). Policarpa Salavarrieta, llamada “La Pola” (1795-1817), es una de las más conocidas insurgentes femeninas de las Guerras de Independencia (cf. Davies/Brewster/Owen 2006: 75, 151-152). Parece que la mujer de Francisco Javier Ustáriz, partidario íntimo de Bolívar, fue María Paula de Palacios y Blanco (1774-1826); véase <http://www.gilberto.bodu.net/web/sn_cc.htm#7> (30.08.2007). Con los versos en los que menciona el topónimo Margarita en cuya defensa también participaron mujeres, Bello debe referirse a las luchas del año 1815 en las cuales también se destacó Luisa Cáceres de Arismendi (1799-1866), esposa del general Juan Bautista Arismendi, que es considerada una de las mujeres más valientes de la historia venezolana (cf. Davies/Brewster/Owen (2006: 68) y <http://www.me.gov.ve/contenido.php?id_contenido=509&modo=2> (30.08.2007). Potthast considera la presentación de Luisa Cáceres de Arismendi como heroína un producto de la historiografía masculina, porque para la independencia no hizo nada más que quedar fiel a su marido, aceptando su suerte con resignación (Potthast 2003: 187).

De todas estas figuras, la heroína a la que describe con más detalle es Eulalia Ramos de Chamberlain:

Tú pintarás de Chamberlén el triste
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar; el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya;
estréchala a su seno. “Libertarme
de un cadalso afrentoso puede sola
la muerte (dice); este postrero abrazo
me la hará dulce; ¡adiós!” Cuando con pronta
herida va a matarse, ella, atajando
el brazo, alzado ya, “¿tú a la deshonra,
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
más que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta, falta (dice)
valor en mí; para imitarte, sobra.
Muramos ambos”. Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos; abrazados mueren (Bello ²1992a: 48-49, vv. 363-379).

La esposa de Chamberlain no solamente emula el heroísmo de sus varios predecesores literarios como los que encontramos en el *El amor constante* de Guillén de Castro o en la *Numancia* de Cervantes, sino que también supera a su marido con su actitud heroica. Por más literaria que esta descripción parezca, Bello no se limita a imitar a los antiguos para enaltecer la lucha real por la patria y los sacrificios que ésta puede exigir, sino que también quiere mostrar lo que él considera la verdad histórica, dándonos nombres de lugares y personas concretos. Los versos sobre las soldados de la Margarita y las otras heroínas de la guerra son más que una mera evocación de las Amazonas, como lo vimos en Bolívar y Olmedo, sino una formulación que quiere mostrarse fiel a los hechos históricos. Sin embargo hay que decir que en la “Alocución” la máxima virtud que las mujeres pueden demostrar en la lucha contra los españoles es la fidelidad y el amor hacia sus maridos, que son los verdaderos protagonistas del proceso de la independencia.

5. Conclusiones

No cabe duda que la finalidad de los tres textos aquí analizados es una justificación de las guerras de independencia. Los tres autores siguen la misma estrategia de presentar al enemigo España de manera negati-

va, aunque con matices diferentes. Olmedo, que no sabe decir nada positivo sobre los españoles, es sin duda el más radical. En Bolívar, y aún más en Bello, vemos por lo menos brotar una reflexión sobre los lazos culturales que unen a España y a la América Hispana. Sin embargo, también el Libertador de América llega a las mismas conclusiones que Olmedo en lo que toca a la perversidad del sistema colonial español. Bello, quien en su trabajo intelectual y sobre todo lingüístico maduro, irá subrayando la herencia española en las culturas hispanoamericanas, retiene también en las *Silvas americanas*, como dice Frank Lauterbach, “sutilmente la españolidad de su americanidad española en su caracterización de América como ‘el mundo de Colón’ [...]” y defiende incluso a Cortés y Pizarro (Lauterbach 2002: 185). Más tarde “[...] esta adhesión a la cultura española encamina a Bello a una exclusión explícita de las poblaciones indígenas (las cuales todavía figuraron, de manera vaga, en el trasfondo de ‘Alocución a la poesía’” (Lauterbach 2002: 188-189). Pero también en las *Silvas americanas* encontramos la inclusión del mundo indígena casi exclusivamente del pasado, como también es el caso en *La victoria de Junín* y en la *Carta de Jamaica*. La representación de los indígenas reducidos a figuras históricas corresponde a una doble estrategia: por un lado, borra la pluralidad étnica y el sistema racista existente y, por otro, presenta a los criollos como los legítimos sucesores de los imperios azteca e inca.¹⁹

En cuanto a la inclusión de las mujeres en la construcción de la nación los tres autores también difieren ligeramente. Mientras que Olmedo y Bolívar prefieren introducir el elemento femenino sólo en el plano metafórico, omitiendo cualquier mención o alusión a mujeres reales, Bello sí habla de la participación de mujeres en las luchas por la libertad en la “Alocución a la poesía”. A nivel no-real encontramos en los textos analizados tanto mujeres activas, véase la musa rebelde o la alegoría de la poesía, como pasivas, en el caso, por ejemplo, de las sacerdotisas que rodean a Huayna Cápac. Estas últimas podrían tener rasgos indígenas sin violar los principios de la verosimilitud y del *decorum* de la poética clasicista, pero tampoco los tienen, dado que

19 Esta estrategia corresponde al concepto de la *translatio imperii*, en este caso de los aztecas y mayas primero a la corona española y más tarde, durante las Guerras de Independencia, a las naciones hispanoamericanas emergentes (cf. en este contexto también Lauterbach 2002: 181).

Olmedo prefiere asociar el color blanco a estas figuras imaginarias. Si las mujeres en general ya no tienen una representación adecuada en los textos aquí analizados, la mujer indígena es la ausente absoluta. A ella no la encontramos ni en el pasado ni en el presente, ni en el plano real ni en el metafórico.²⁰

Bibliografía

- Anderson, Benedict (²1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London/New York: Verso.
- Bello, Andrés (²1992a): “Alocución a la poesía. Fragmentos de un poema titulado ‘América’”. En: Carilla, Emilio (ed.): *Poesía de la Independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 34-60.
- (²1992b): “La agricultura de la zona tórrida”. En: Carilla, Emilio (ed.): *Poesía de la Independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 60-69.
- Bolívar, Simón (1985): *Reden und Schriften zu Politik, Wirtschaft und Gesellschaft*. Ed. de Hans-Joachim König. Hamburg: Institut für Iberoamerika-Kunde.
- (2005): *Carta de Jamaica*. Barcelona: Linkgua.
- Brewster, Claire (2005): “Women and the Spanish-American Wars of Independence. An Overview”. En: *Feminist Review*, 79, pp. 20-35.
- Burkholder, Mark A./Johnson, Lyman L. (⁴2001): *Colonial Latin America*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Calderón de la Barca, Pedro (1994): *La aurora en Copacabana*. Ed. de Ezra S. Engling. London/Madrid: Tamesis.
- Carilla, Emilio (²1992): “José Joaquín de Olmedo (1780-1845)”. En: Carilla, Emilio (ed.): *Poesía de la Independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 3-7.
- Castro Varela, María do Mar/Dhawan, Nikita (2005): *Postkoloniale Theorie. Eine kritische Einführung* (Cultural Studies 12). Bielefeld: Transcript.
- Césaire, Aimé (1955): *Discours sur le colonialisme*. Paris/Dakar: Présence Africaine.
- Conway, Christopher B. (2001): “Gender, Empire and Revolution in *La Victoria de Junín*”. En: *Hispanic Review*, 69, pp. 299-317.
- (2003): *The Cult of Bolívar in Latin American Literature*. Gainesville: University Press of Florida.
- Davies, Catherine (2005): “Colonial Dependence and Sexual Difference: Reading for Gender in the Writings of Simón Bolívar (1783-1830)”. En: *Feminist Review*, 79, pp. 5-19.

20 Si aceptamos la interpretación de la mención de la Virgen de Guadalupe en la *Carta de Jamaica* como alusión a la diosa azteca Coatlicue, como lo propone Davies (2005: 10-11), aparecería por lo menos una figura femenina indígena –aunque una diosa, y no una persona real– en los tres textos aquí analizados.

- Davies, Catherine/Brewster, Claire/Owen, Hilary (2006): *South American Independence: Gender, Politics, Text*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Frenzel, Elisabeth (²1980): *Motive der Weltliteratur. Ein Lexikon dichtungsgeschichtlicher Längsschnitte*. Stuttgart: Kröner.
- Gunia, Inke/Meyer-Minnemann, Klaus (1998): "José Joaquín de Olmedo: 'La Victoria de Junín. Canto a Bolívar' (1825). Legitimación política y legitimidad poética". En: Janik, Dieter (ed.): *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 219-235.
- Hobsbawm, Eric J. (1992): *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laferl, Christopher F. (1992): "América en el teatro español del Siglo de Oro". En: Sommer-Mathis, Andrea et al.: *El teatro descubre América. Fiestas y teatro en la Casa de Austria*. Madrid: Mapfre, pp. 167-269.
- (2003): "Der Blick über den Atlantik. Zur gebrochenen Sicht Europas im kolonialen Hispanoamerika". En: *Wiener Zeitschrift zur Geschichte der Neuzeit (WZGN)*, 3, 2, pp. 10-23.
- (2004): "Sor Juana Okzident. Bemerkungen zu kulturräumlichen Vorstellungen". En: Truchlar, Leo (ed.): *One America – Many Americas. Erkundungen und Verortungen aus historischer, kultureller und literarischer Sicht*. Münster: LIT, pp. 15-28.
- Las Casas, Bartolomé de (¹1999): *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. Ed. de André Saint-Lu. Madrid: Cátedra.
- Lauterbach, Frank (2002): "Escribir al Oeste, mirar al Este: Andrés Bello y el curso de la poesía". En: Buchenau, Barbara/Paatz, Annette (eds.): *Do the Americas Have a Common Literary History?* Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 175-194.
- Lustig, Wolf (2007): "Fray Bartolomé de las Casas. Zur dichterischen Aneignung des *Apóstol de las Indias* in der hispanoamerikanischen Literatur". En: <<http://www.staff.uni-mainz.de/~lustig/texte/lascasa2.doc>> (31.08.2007).
- Olmedo, José Joaquín de (²1992): "La victoria de Junín: Canto a Bolívar". En: Carilla, Emilio (ed.): *Poesía de la Independencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 3-33.
- Osorio Tejada, Nelson (2000): *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Murcia: Universidad de Alicante/Universidad de Santiago de Chile.
- Oviedo, José Miguel (2002): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 1: *De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza.
- Pagni, Andrea (2003): "Traducción del espacio y espacios de la traducción: *Les Jardins* de Jacques Delille en la versión de Andrés Bello". En: Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert.
- Polleross, Friedrich (1992): "América en las artes plásticas". En: Sommer-Mathis, Andrea et al.: *El teatro descubre América. Fiestas y teatro en la Casa de Austria*. Madrid: Mapfre, pp. 271-326.

- Pothast, Barbara (2003): *Von Müttern und Machos. Eine Geschichte der Frauen Lateinamerikas*. Wuppertal: Peter Hammer.
- Rössner, Michael (1995): "Die Vizekönigreiche Peru, Neu-Granada und Río de la Plata". En: Rössner, Michael (ed.): *Lateinamerikanische Literaturgeschichte*. Stuttgart: Metzler, pp. 116-124.
- Sommer, Doris (1991): *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Trueblood, Alan S. (1991): "Las Silvas americanas de Andrés Bello". En: Goic, Cedomil (ed.): *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Vol. II: *Del Romanticismo al Modernismo*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 121-129.
- Vega, (Inca) Garcilaso de la, (1996): *Comentarios reales* (Selección). Ed. de Enrique Pupo-Walker. Madrid: Cátedra.
- Vélez-Rodríguez, Ricardo (2001): "L'influence de Rousseau sur la formation et la vie de Simón Bolívar". En: Thiéry, Robert (ed.): *Jean-Jacques Rousseau, Politique et Nation*. Actes du II^e Colloque international de Montmorency (27 septembre - 4 octobre 1995). Paris: Honoré Champion Éditeur, pp. 1063-1072.
- Zapata, Ramón (1997): *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.